

LOLA ALBIAC: RAZÓN Y SENTIMIENTO

JESÚS DELGADO ECHEVERRÍA*

Conocí a Lola en *Andalán*. Eran los primeros tiempos del periódico, cuando aparecía impreso en vistosas tintas de colores después de ser compuesto y casi escrito en el piso familiar de su director, Eloy Fernández. Durante algún tiempo *Andalán* salía a la calle milagrosamente (hasta el final de su agitada vida hubo milagros y no pereció sino cuando ya nadie creyó en ellos), sin una estructura preconcebida en los contenidos ni consejo editorial o cualquier otra forma de organización colectiva. De hecho, ni siquiera sabíamos quiénes éramos los responsables, más o menos, de sus páginas. El director nos convocó un fin de semana a docena y media de personas en un convento de monjas de las afueras de Zaragoza, saliendo por la carretera de Logroño y metiéndose luego por algún desvío (eran años de clandestinidad, conviene recordar). No sabría precisar más, excepto que aquello parecía rigurosa clausura y que el frío era intenso. Tras dieciocho o veinte horas de discusiones, tan densas y desordenadas como podían ser las de un grupo variopinto de intelectuales antifranquistas que creían que estaban haciendo algo que merecía la pena, salimos ya de madrugada al relente, entumecidos y satisfechos. Dejábamos escrito un sistema de organización que alguna utilidad tuvo durante cierto tiempo. Lo que recuerdo bien es que Lola, siempre respetuosa con las larguísimas intervenciones de los demás y autora de parlamentos no menos largos —todo hay que decirlo—, se centró y nos centró en la organización y racionalización del equipo y de los procedimientos y contribuyó tanto como el que más (yo creo que más que nadie) a precisar, documentar y, más tarde, hacer cumplir, las elementales normas pactadas.

Supé luego de su formación francesa —con estancias y amistades desde la infancia— y a ello atribuí su gusto cartesiano por las ideas claras y distintas, los primores de la gramática y el análisis racional de los comportamientos individuales y colectivos. Añadió luego —o a la vez— el método marxista y la ética de la resistencia en la lucha sindical y política contra la dictadura de Franco. Todo ello sin perder la compostura ni la sonrisa, con ademanes comedidos, disciplina del gesto, de los pensamientos y de los sentimientos. Con mucha generosidad de su tiempo y de sus intereses.

Ya licenciada en Filosofía y Letras, acudió a estudiar a París, de donde se trajo su tesis sobre Ramón Pérez de Ayala. Tuvo la suerte de encontrar como profesor a Roland Barthes y

* Universidad de Zaragoza.

la sabiduría de aprovechar sus enseñanzas. Otros dos grandes universitarios, que yo sepa, han influido en su formación y en su vida, pues con ellos mantuvo gran amistad: el aragonés José Manuel Bleuca, a quien conoció en la Universidad de Barcelona, y Manuel Tuñón de Lara (es mera coincidencia que ambos tuvieran problemas con el oído).

Desde finales de 1982 está de nuevo en Zaragoza y sirve en su Facultad de Letras como profesora titular de Filología Española. La posmodernidad (y las mercancías de matute bajo esta envoltura) no la han cambiado, pues sigue manteniendo las mismas ideas y actitudes sobre la vida colectiva. Por ejemplo, opina lo mismo sobre la OTAN y sobre los políticos deshonestos (o sea, que no es partidaria).

Hasta aquí, todo lo anterior —con algún acomodo de tiempos verbales— está escrito y publicado en 1987. Cuando los coordinadores del homenaje a Lola me pidieron que escribiera algo pensé que, de aceptar, no podría hacer otra cosa que reproducir el texto de entonces. La ocasión fue su nombramiento como presidenta de la Comisión aragonesa del V Centenario. Ha pasado tiempo y con los años vinieron nuevos quehaceres, logros académicos, publicaciones, amistades. Los rasgos de carácter y la concepción del mundo, formados en su primera juventud, perduraron en ella y mejoraron con dosis nuevas de ironía, de afecto, de tolerancia y comprensión propias de personas sabias y sensibles. Ahora como entonces, sin la música María-Dolores Albiac no sería lo que es. Ha mantenido el trato y profundizado en el conocimiento y la amistad —la que es posible cuando se escucha con los ojos a los muertos— de otras personas sabias y graves (también algunas menos de fiar), que le hablan en músicos callados contrapuntos. Son ellos, sin orden de fechas ni jerarquía de afectos, Leandro Fernández de Moratín, Ignacio de Luzán, Pedro Pablo Abarca de Bolea (X conde de Aranda), Félix de Azara, Gaspar Melchor de Jovellanos, José Cadalso, Floridablanca. Con ellos comparte lecturas, viaja a pie, a caballo o en coche, corre Cortes y mantiene erudita correspondencia, que lo mismo tiene por objeto el arte que la política, los ingenios, las costumbres y modos de vida, el estado de la cultura, las ciencias, el arte, la legislación, la industria o los fenómenos geográficos. Hace tiempo que dejó atrás las preocupaciones que ellos impugnaron y algunas otras a que no se atrevieron. Puede ir en el séquito de un obispo que viaja a Roma en su preceptiva visita *ad limina* y hará preguntas a Su Eminencia que ni los cardenales de la curia sabrían contestar, aunque acaso sí su amigo el padre Feijoo. Con Viera y Clavijo, su pupilo el marqués del Viso y su numerosa familia y servidumbre conoció el balneario de Spa, que ya llevaba siglos de moda en Europa.

Tiempo después tomó las aguas en el de Karlovy Vary y me trajo una jarrita de porcelana como recuerdo, pues estoy entre los amigos que hemos tenido la suerte de conocerla en persona y coincidir en circunstancias de tiempo y espacio. Nos quiere igualmente, aunque no siempre estemos a la altura de sus íntimos de la Ilustración. Ella nota sin duda la diferencia, pero no pierde la esperanza de que mejoremos y aprendamos, por lo menos, a escribir en castellano claro y sin afeites. Nos incita y nos ayuda a ser mejores y se deja querer. Por eso, estamos en este libro, que tan sin merecerlo tengo el honor de prologar, algunos de los amigos —tiene muchos más— a quienes nos une el oficio universitario y el afecto por Lola.